

LAS PRIMITIVAS LEYENDAS ROMANAS

CONSIDERADAS EN SU ASPECTO HISTORICO Y LINGUISTICO

... la Légende n'est que l'Histoire embellie et dramatisée par le sentiment populaire, mais c'est l'Histoire.

RAOUL POSTEL—*Roland et Charlemagne.*

Una gentil delicadeza del Ayuntamiento de Roma puso, hace poco tiempo, al municipio de Buenos Aires en posesión de una estatua, copia exacta de la histórica loba capitolina, que, desde hace más de veinticinco centurias viene siendo el augusto emblema heráldico de la Ciudad Eterna.

La prensa de la capital federal habló, con tal motivo, de la colocación de la estatua,—primero en sitio y forma, por cierto, poco dignos de su altísima significación, — de quien la modeló, de cuando se le añadieron los dos niños que de sus ubres extraen el jugo vital, y hasta de cuando un rayo le arrancó un pedazo dejando en el bronce señal indeleble.

Noticias son todas estas curiosas para el vulgo que no quiere, ni tiene porqué, interiorizar en las cosas más allá de donde alcanza el testimonio de los sentidos; sin embargo, la loba capitolina, aun preescindiendo de su significación como emblema heráldico, tiene un altísimo interés para el estudioso, porque al desvanecerse la leyenda romana, según la cual, Rómulo y Remo fueron amamantados por una fiera de esta naturaleza, quedan al descubierto una serie de problemas de carácter histórico y lingüís-

tico que vamos a tratar de resolver en el presente artículo, si ello ha de ser del agrado de los curiosos lectores de esta Revista.

No pretendemos, empero, destruir estas leyendas; nada más lejos de nuestro propósito. Las leyendas son las flores que crecen en el jardín de la historia; son, en la literatura, como las ilusiones en la juventud; siempre rosadas, siempre sonrientes, a veces cuando se desvanecen, dejan en el espíritu penosa impresión de desengaño, pero pronto una nueva ilusión viene a colmar el vacío de la primera y a hacernos gustar todas las delicias de lo que se espera. Las leyendas son también rosadas, sonrientes, perfumadas como flores. Cuando la crítica penetra en ellas y la leyenda se desvanece, queda en el espíritu la espina de la desilusión, porque aquellos héroes, aquellas damas tan hermosas, aquellas épicas grandezas se han empequeñecido hasta reducirse a la categoría de personas y hechos casi vulgares; pero pronto el espíritu reacciona, la fantasía recobra su imperio y personas y acciones vuelven a engrandecerse, a sublimarse hasta llenar las regiones de lo imaginado. La leyenda reina; la leyenda no muere.

Pasa y se discute la historia; cambian los postulados científicos y se olvidan las teorías que más aceptación tuvieron por los sabios; solo la leyenda permanece; la leyenda que excita constantemente el sentimiento, cuya principal y eterna función es la afectiva; mientras que la ciencia es el alimento diario de la razón, de la pobre razón humana que, cuando cree haber descubierto un problema, se encuentra en presencia de nuevas incógnitas insospechadas, cuyo esclarecimiento ha de acometer, sabiendo que esta labor ha de renovarse continuamente y que su ansia inextinguible de saber jamás ha de verse saciada, porque el campo de la ciencia es infinito y las fuerzas de la razón son excesivamente limitadas.

La ciencia es fría, porque es metódica y ajustada a principios que no pueden reformarse. Si en las páginas siguientes, al descubrir el origen vulgar de las doradas leyendas romanas, el

lector siente que el frío de la desilusión invade su espíritu, acójase al calor de la leyenda, que, por ser bella y poética, calmara sus angustias y le conducirá con sus alas de oro, a los encantados palacios donde la fantasía tiene su imperio y alrededor de cuyo trono forman su corte las Gracias y las Musas servidas por legiones de silfos y de genios, todos favorables, todos propicios a los mortales.

Conocida es de todos la leyenda de la loba capitolina. Numitor, rey del Lacio, fué destronado y encarcelado por su hermano menor, Amulio, quien, para asegurar más su presa, hizo matar a todos los hijos varones de su hermano, y obligó a una hija que le quedaba, llamada Rhea, a que entrara como sacerdotisa en el templo de Vesta, donde debía guardar virginidad perpetua, con lo que la descendencia directa de Numitor podía darse por extinguida.

No obstante los votos hechos, que la exponían a tremendos castigos, si los quebrantaba, la sacerdotisa Rhea fué conocida de varón, y dió a luz dos hijos que fueron Rómulo y Remo. Rhea, para cohonestar su culpa, afirmó que el padre de aquellos niños era el dios Marte; pero Amulio, a quien no debía halagar gran cosa el emparentar con divinidad tan mujeriega, sobre todo por el peligro de las consecuencias, sin temor alguno al feroz númen de la guerra, ordenó que la sacerdotisa fuese encarcelada y que el doble fruto de sus sacrílegos amores fuese arrojado al Tíber, que en aquellos días estaba muy crecido. La orden fué cumplida, pero el Tíber, o mejor dicho, Tiberino, que así se llamaba el dios adscripto al famoso río, por consideración a Marte, recogió sus aguas dejando a los dos niños en la orilla sin causarles daño alguno. Una loba que bajaba de las montañas a beber agua, vió a los niños y compadecida de ellos, o tal vez guiada por superior impulso, les dió de mamar, en cuya ocupación los encontró Fáus

tulo, pastor de los ganados del rey, quien, tomando a los niños, llevólos a su casa y entregóselos a su mujer, Laurencia, para que los criara.

Hasta aquí la historia del nacimiento de estos dos infantes, según la refieren con rara unanimidad, los historiadores romanos, aun cuando algunos, — sin atreverse a negarla, tal vez para no exponerse a ofender el sentimiento popular hondamente apegado a sus tradiciones, — insinuasen la sospecha de que no era exacta. En efecto, al referir Tito Livio que Fáustulo llevó los dos niños a su mujer Laurencia para que los criara, añade: “Algunos dicen que esta Laurencia por ser mujer común de su cuerpo, era llamada por los pastores *loba*, y de aquí tomó ocasión este cuento y milagro que de la loba se dice”. (1).

Valerio Ancias supone que esta mujer, a quien llama Acea Laurencia, era una cortesana enriquecida por la prostitución, que legó su inmensa fortuna a Rómulo; otros dicen que al pueblo romano, Sabino Masurio afirma también que Acea Laurencia fué la madrina de Rómulo. “Esta mujer, dice, tenía doce hijos varones; habiendo muerto uno de ellos, ocupó Rómulo su puesto, lactándole Acea Laurencia. En lo sucesivo llamó a sus hermanos *hermanos aruales* y él mismo tomó este nombre. Tal es el origen del colegio de los doce *hermanos aruales*. Las insignias de este sacerdocio son una corona de espigas y cintas blancas”. Acea Laurencia, después de su muerte, recibió del pueblo romano los honores públicos más gloriosos. (2).

La historia va concretándose y por testimonio de los autores citados, deberíamos afirmar que no fué una loba, fiera, sino una

(1) TITO LIVIO: *Décadas*, lib. I, cap. III. Traducción de Fr. Pedro de la Vega, Madrid, 1746.

(2) AULO GELIO: *Noches áticas*, lib. VI, cap. VII. Sabido es que los doce hermanos aruales constituían el colegio de flámenes o sacerdotes de Júpiter, que era el más alto cuerpo sacerdotal de Roma.

loba, mujer pública, la que amamantó a los dos hijos de Rhea. (1). Para tratarse de persona tan íntimamente ligada con los fundadores de Roma, no es excesivo el honor que le hacen los historiadores romanos, puesto que podrían haberlés buscado nodriza más decente, pero a ello se ven obligados por no poder prescindir de la intervención de la *lupa*, en la crianza de los dos niños.

Pero aun esta segunda hipótesis de la *lupa*, mujer pública, no parece más acertada que la primera. Fuerte cosa es, en efecto, confesar que el pastor de los ganados del rey, cargo que entonces no debía ser despreciable, cuando los mismos reyes eran pastores, se fuese a casar con una prostituta, como sino hubiese mujeres honestas en el reino. Y aun más fuerte cosa que una mujer "común de su cuerpo", como castamente traduce Fr. Pedro de la Vega la frase de Tito Livio, tuviese nada menos que doce hijos varones y quién sabe cuantas hembras. Mucho han cambiado los tiempos de entonces acá, porque ahora las mujeres públicas no acostumbran a procrear con tanta abundancia. Verdad es que la prostitución no tenía en aquellas lejanas edades ni la misma significación ni la misma trascendencia social que en nuestros días. El culto a Venus, p. e., imponía a la mujer la prostitución, y en algunos países, como Grecia, las hetairas constituían una casta social, que aquellos cultores de la belleza no se atrevían a despreciar. Friné, desnudándose ante sus jueces para librarse de una sentencia condenatoria por la soberana belleza de su cuerpo, puede, sin desdoro alguno, ser considerada como una mujer superior. Lais y Thais eran discípulas predilectas de los más grandes filósofos. Pericles, el glorioso ateniense, que dió su nombre al siglo de oro de Grecia, tenía en tan alto aprecio a la famosa hetaira Aspasia, amiga

(1) Partimos del supuesto que Rómulo y Remo hayan existido realmente, cosa que, como se verá más adelante, resulta bastante problemática. Pero como, sea historia o leyenda, de ella nació y a ella está íntimamente ligada esta otra leyenda de la loba, damos por supuesto el hecho para partir de él en averiguación del verdadero significado de la palabra *lupa*.

de Sócrates, que la hizo su esposa, y sus opiniones eran para él tan dignas de consideración, o aun más que las de los filósofos Anaxágoras, Protágoras y Zenón, cuya amistad cultivó hasta en el destierro.

Cierto es que estos ejemplos no son aplicables ni en la misma Atenas a las pupilas del *Porneion*, ni mucho menos a las mujeres públicas del Lacio, porque su rudimentaria cultura no podía en aquella época compararse con la esplendente que había alcanzado Grecia. Cerca de ciento sesenta años antes de la fundación de Roma, según Cornelio Nepote, habían vivido Homero y Hesiodo, y este solo dato podría bastar para establecer la enorme diferencia que había entre las dos civilizaciones, en cuanto a su origen. Con relación al tiempo, Wolff ha calculado que, aparte los autores sagrados, la literatura clásica cuenta con 1.600 obras enteras o mutiladas, de las cuales, las tres cuartas partes pertenecen a los griegos, y de éstas, 450 son anteriores a Livio Andrónico, el más antiguo de los escritores romanos. (1).

Pero por lo mismo que las prostitutas latinas no habían alcanzado el grado de cultura de las hetairas griegas, debían ser más groseras y, por tanto, más despreciables para sus contemporáneos.

Nos resistimos a creer en la existencia de la *lupa*, como loba, ni como prostituta, sobre todo cuando una sencilla explicación puede dar la clave del, al parecer, tan intrincado problema. En efecto, *lupa*, en opinión del meritísimo lingüista y filólogo argentino, Dr. Samuel A. Lafone Quevedo (2), es palabra etrusca, que significa *señora* y, esto supuesto, no hay inconveniente alguno en admitir que la mujer de Fáustulo, Acea Larencia, fué una *lupa*,

(1) WOLFF: *Prolegomena ad Homerum*, cit. por C. Cantú: Historia Universal, tomo II. cap. I nota.

(2) El Dr. Lafone Quevedo expuso esta teoría en una consulta que, sobre este tema, le hizo el autor del presente artículo. Comprendemos que esta forma de exposición quita a la doctrina la autoridad que tendría si el



no por prostituta, sino por señora, y como tal *lupa*, señora, amantó a Rómulo y Remo, cosa que, como prostituta, le hubiese sido bastante difícil ejecutar.

Establecido así el significado de la palabra *lupa*, es fácil deducir el verdadero origen de su derivada, la palabra *lupanar*.

Sabido es que los romanos, en sus luchas con otros pueblos, acostumbraban a emplear ese feroz expediente de guerra, que consiste en destruir totalmente al enemigo, para que no vuelva a ser peligroso. Tomada una ciudad, se demolía hasta los cimientos, el suelo se araba y se sembraba de sal, y sus habitantes eran reducidos a la esclavitud y vendidos en todos los mercados del imperio. Para no citar más que tres casos típicos, recordaremos la destrucción de Alba por Tulo Hostilio; la de Cartago por Escipión y la de Jerusalem por Tito; lo que demuestra que, regido por reyes, por cónsules o por emperadores, el pueblo romano fué siempre el mismo; y que la famosa frase de Catón, *delenda est Carthago*, no era más que la síntesis del pensamiento romano, cuando se trataba de quitarse un enemigo de delante; *delere*, borrar.

Las continuadas victorias de los romanos sobre las ciudades etruscas habían de darles ocasiones sobradas para llevar violentamente a Roma prisioneros de guerra de ambos sexos, que habían de ser convertidos en esclavos. Es de suponer que mientras la venta o el reparto se hacía, los esclavos no estarían en promiscuidad, sino separadamente los varones de las hembras, y fácil es colegir porqué si las hembras eran *lupas*, el lugar donde ellas estuvieran, se llamaría *lupanar*, es decir, casa o lugar de señoras. Pero el destino de estas señoras era fatal e inexorable. Víctimas de la lascivia del vencedor, no había nada que pudiera sustraerlas a

Dr. Lafone Quevedo la hubiese explicado en alguna de sus obras, pero le consignamos porque, aunque no esté autorizada públicamente, la creemos exacta por proceder de tan sabio filólogo.

su inevitable degradación. La esclavitud convertía a la persona en *cosa*, que pertenecía al señor, *dominus*, quien, por lo tanto, podía usar de ella a su antojo. Todavía, tratándose de un varón, el esclavo encontraba en algunos casos defensa. La Ley de las Doce Tablas disponía, p. e.: “El patrón que trate de maltratar a un siervo sea sagrado, es decir, maldito”. Ciertamente que esta ley cayó pronto en desuso y los esclavos eran martirizados, sin compasión, en las ergástulas. Pero las esclavas no merecían ni aun la consideración más insignificante. Una legislación que permitía al marido dar muerte a la esposa, nada más que porque ésta hubiese bebido vino, no había de poner límites a la omnipotente potestad del *paterfamilias* cuando se tratara, no de la mujer, sino de la esclava, de la *cosa* que, adquirida por dinero, podía igualmente enajenarse o destruirse cuando no sirviera o no rindiera todo el producto que de ella podía exigir el amo.

Y así fué como la señora en las ciudades de la Etruria, al ser esclavizada, fué prostituida en Roma, conservando el mismo nombre, *lupa*, que, en una parte fué señal de distinción, y en otra, estigma infamante de corrupción y libertinaje. Paralelo a la degradación de la señora etrusca convertida en esclava, el significado de *lupa* y *lupanar* fué prostituyéndose también hasta llegar al grado de lasciva torpeza que hoy se le atribuye.

Historia o leyenda, pues, queda descartada la especie de que Rómulo y Remo fueron amamantados por una loba o por una prostituta. Regocijense los manes de Aca Larencia, si es que existió, porque, al cabo de 25 centurias todavía hay quien se ocupe de vindicar su memoria y el decoro del buen Fáustulo, su marido, que tampoco andaba mejor librado.

Como *mot de la fin* de esta primera parte, podríamos recordar ahora la pedantesca seriedad con que Blasco Ibáñez, (1) Pe-

(1) “Varias veces oyó el griego un grito estridente y lúgubre, semejante al aullido del lobo. De repente, sonó a sus espaldas; su nuca sintió un soplo caliente, y al volverse vió una mujer. . . El griego la reconoció al

dro de Dominieis y otros novelistas contemporáneos han afirmado que las mujeres públicas en la antigüedad, fueran griegas o romanas, se llamaban *lobas*, porque cuando salían por la noche a sus correrías, lanzaban aullidos como las lobas en celo para atraer a los machos.

Como único comentario a tamaño disparate, repetiremos con Horacio: *Risum teneatis, amici?*

Pero no terminan aquí los problemas de carácter histórico que plantea la leyenda de la fundación de Roma.

Pasemos por alto lo de la paternidad del dios Marte, o Quirino, como lo llamaban los romanos. El espíritu crítico y escéptico de nuestro siglo no necesita de grandes esfuerzos para descubrir que esta fábula pertenece al género de las que la antigüedad creó con tanta abundancia para ennoblecer y sublimar el origen de sus ciudades más opulentas. Dentro de Italia, Eneas, príncipe piadoso, según Virgilio, pero que, según la crítica moderna, sería uno de tantos mercaderes que provocaron la guerra de Troya por querer cobrar exagerados impuestos a los mercaderes griegos que atravesaban el Helesponto, Eneas, hijo de Venus y de Anquises, funda a Lavinia. Ascanio, su hijo, es el fundador de Alba. Antenor, otro príncipe troyano, es el patriarca de los vénétoes o venecianos. Idomeneo es el fundador de Salento... Y fuera de Italia, la enamorada Dido, con sus fenicios, funda a Cartago. Cadiz o Gades debe su nacimiento a Hércules (1). Cadmo, del linaje de

momento. Era una *loba* del puerto, una de aquellas infelices...” Blasco Ibáñez. *Sónnica la cortesana*. cap. I. En igual sentido se expresan, Dominieis, Castanier, Bertheroy y otros novelistas.

(1) Según otros, Gades es anterior a Hércules. Uno de los trabajos de este héroe, hijo de Júpiter, fué apoderarse de los ganados de Gerión, gigante que tenía tres cuerpos, reinaba en Gades y hacía guardar sus ganados por Euritión, perro de dos cabezas y por el monstruo Ortos, mezcla de mujer y

los dioses, es el padre de Tebas; Cecrops, el de Atenas, y en toda la Hélade no hay ciudad de alguna importancia que no crea deber su origen a un dios, o por lo menos, a un semidios o a un héroe. Roma repudia toda idea de un origen humilde, y por eso acepta con júbilo la leyenda de Marte y Rhea y para darle más consistencia, la adorna con los detalles del dios Tiberino retirando sus aguas y de la loba amamantando a los dos recién nacidos. Y tan arraigada está en el pueblo romano esta idea de su origen divino, que no la hacen vacilar ni las dudas tímidamente expuestas por sus historiadores. El Senado exalta la loba en el Capitolio; las legiones romanas la llevan en triunfo en lo alto de sus lábaros y el mundo entero la reconoce como la providencial nodriza de los gloriosos fundadores de la ciudad señora. ¿Quién puede destruir un prejuicio, si éste halaga a la multitud y el tiempo pasa sobre él dándole la consistencia de las cosas consagradas por la tradición y por la historia?

Y sin embargo, aun la misma existencia de los que hasta ahora se tienen como fundadores de Roma, ofrece dudas muy serias, y aun es probable que no pudiera resistir un concienzudo examen crítico.

Conocida es la inclinación de los antiguos a representar con alegorías hechos o ideas que la rudeza de aquellos primitivos seres no hubiera podido comprender sino personificándolos y, por consiguiente, dándoles forma externa y más al alcance de los sentidos. La mitología había hecho en este sentido ensayos de un gran interés filosófico y, sobre todo, poético, puesto que los mitólogos, especialmente los griegos, buscaban en todas las cosas y sobre todas las cosas, la belleza.

Principio de todo lo existente, divino y humano, es Ofión, el Caos, que, colocado en un foco ardiente de luz, separa unos

serpiente, hija de Equidna y de Tifoé, el que fué sepultado por Júpiter en el Etna.

de otros los elementos, puebla de luminares la bóveda celeste, y crea la tierra, en cuyas entrañas se esconde juntamente con la Eternidad y con Demogorgon (el genio que trabaja la tierra), anciano inmundo, cubierto de musgo. Este, cansado de su inacción, forma una esfera, siéntase sobre ella y rodea la tierra, formando así el cielo, es decir, engendrando a Urano, que es su personificación. Al pasar por los montes Acroceraunos (montes heridos por el rayo, probablemente volcanes), toma de ellos el fuego, lánzalo al cielo y queda hecho el sol que en la tierra engendra la noche, dando principio al movimiento ordenado del tiempo. El reinado del Caos ha terminado y empieza el de Urano, el cielo, quien, desposado con la Tierra, Titea, engendra a los Titanes, de los cuales el principal es Saturno, el Tiempo, que destrona a su padre, y para no ser destronado a su vez, devora a todos sus hijos, menos a Neptuno, Plutón, Vesta, Ceres, Juno y Júpiter, que por decreto del Destino, le sucede en el trono. La alegoría de Saturno es altamente filosófica. Para suceder a su padre, lo mutila privándole de la facultad generadora, porque el tiempo todo lo acaba, todo lo consume. Para no ser destronado, devora a sus hijos, las estaciones, los días, las horas, que pasan fatalmente, inexorablemente, y con ellos, el tiempo que los engendra.

Júpiter, sucesor de Saturno, es ya contemporáneo del hombre, y por eso, las alegorías que a él se refieren, tienen un aspecto más grosero pero más humano. Aunque casado y dios, sus infidelidades matrimoniales son incontables, porque la potencia creadora de la divinidad no tiene límites. Su primera mujer es Metis, porque el distintivo de la divinidad son la Prudencia y la Sabiduría reunidas que se personifican en aquella diosa, a quien devora su marido, casándose después con Temis, la justicia, en quien engendra a Astrea, (la equidad), la Ley y la Paz.

Nuevamente casado con Eurinomea o Eurimedusa, da vida a las tres Gracias. Disfrazado de pastor, cautiva a Mnesimone, que pudiera ser la Memoria, y engendra las nueve Musas. Su poder

de crear es incansable; convertido en toro, roba a Europa; en forma de cisne, posee a Leda; transformado en lluvia de oro, obtiene los favores de Danae; en forma de ardiente llama, envuelve a Egina y la hace madre de Eaco... Y no solo es padre en sus uniones con diosas y mortales; después de haber devorado a su primera mujer, Metis, siente un violento dolor de cabeza; Vulcano se la abre de un hachazo y por la herida sale armada de punta en blanco, bella, modesta, prudente, sabia y hábil, la casta, la severa Minerva. Júpiter se complace en ella, la colma de dones y resuelve que nadie, ni dios ni mortal podrá jamás profanar su belleza. La sabiduría, personificada en Minerva, no podía salir más que del cerebro de la divinidad.

De la mitología, la alegoría pasa a la historia, sirviéndole de fácil puente la intervención de los sacerdotes que, por ser la clase más ilustrada, imprimen carácter religioso a la historia haciendo que el origen del hombre se esconda en el seno de la divinidad, o que sea la divinidad la que ejecute sobre la tierra las obras que corresponden a los mortales. Saturno, expulsado del cielo, baja al Lacio, donde reinaba Jano, y con sus enseñanzas hace gozar a los mortales las delicias del siglo de oro. Otros dioses y semidioses fundan ciudades, son padres de pueblos o de razas, y es fácil deducir por el carácter del dios, padre de un pueblo, las condiciones de ese mismo pueblo o de sus habitantes. Atenas, pueblo de sabios, enamorado de la belleza, eleva sobre todas las divinidades a Minerva (Athenea), y, sino le debe el origen, por lo menos toma de ella el nombre. Roma, pueblo guerrero y conquistador, no puede deber su origen más que al númen de la guerra, al dios Marte. La alegoría es perfecta, pero ya es sabido que la personificación de la alegoría no tiene vida real, porque entonces ya no sería ente alegórico, sino ser histórico. Sentado esto así, no sería aventurado afirmar que la alegoría no se contrae únicamente a Marte y Rhea, sino que se extiende a Rómulo y Remo y aun a Numa Pompilio, en cuanto estos seres personifican las

diferentes cualidades del pueblo romano en su primera edad; pastor, bandolero, pendenciero, conquistador con Rómulo; religioso, conservador de lo ya conquistado y poniendo durante la paz los cimientos para nuevas conquistas, con Numa.

No es esta una simple conjetura, que tal vez parezca no merecer más honores que los de una aguda sospecha; historiadores muy respetables y concienzudos la han aceptado, y entre ellos mercede citarse en primer término, César Cantú. “Latino — dice, —según se cuenta, era hijo del Hiperbóreo Palante, o de Hércules y de una hija de Fauno, lo que puede indicar la asociación de una nación septentrional con la raza indígena. Evandro, que viene de Arcadia, es la simbolización de los pelasgos. Una tradición muy antigua dice que el Lacio fué invadido por los troyanos fugitivos después de la caída de Ilión; Timeo en el año 490, escribía que los lavinius conservaban en sus templos estatuas troyanas de barro, y el mismo senado romano fundó en esta creencia sus tratados. No resulta, pues, verdad que haya sido introducida ulteriormente por los griegos; era nacional, pero esto no significa que fuese verdadera, ni tal vez indica otra cosa, sino que la ciudad de Alba, fué como la de Troya, fundada por los pelasgos. Eneas puede simbolizar a esos mismos pelasgos, vencidos en los conflictos heroicos y obligados a expatriarse. Mucho antes de Virgilio, la tradición hacía combatir a Eneas con Turno, (forma latina de Tirreno) y con Latino, que murió en el combate. El casamiento del jefe troyano con Lavinia representa el tratado de paz y de unión entre los naturales y este puñado de bizarros aventureros”.

“Podría muy bien ser que este pequeño núcleo de gente troyana se apoderara del mando; pero la lista de los reyes de Alba es moderna, y por lo tanto, variable. En los primeros tiempos de Roma, las mismas fábulas revelan el carácter del pueblo por el que fueron inventadas, carácter enérgico, perseverante, pero duro e implacable. Puede que sus siete colinas estuviesen ocupadas

por otras tantas poblaciones pelásgicas o etruscas, cuando una partida de pastores sabinos las subyugó. Roma, que se levantaba en el Palatino, destruyó la ciudad de Remuria, su hermana, que la había desafiado; (1) en el Quirinal estaba situada Quiris, de la que procedieron los Quirites y Numa. Que los primeros habitantes o dominadores fueron los sabinos, lo demuestra el poema histórico que hace reinar a Tacio Sabino con Rómulo, y suceder Numa a este último, lo que produjo la reunión de las dos colinas''.

Y más adelante, hablando de los primeros reyes de Roma, dice: "Los que hemos aprendido como nombres propios de estos reyes, tal vez no son más que designaciones apelativas de caracteres idealizados. Rómulo efectivamente es un semidiós, y Numa habla con los dioses, lo que descubre la personificación mítica. Estos dioses-reyes podrían, pues, representar dos épocas sucesivas, heroica la una y sacerdotal la otra"... (2).

El famoso rapto de las sabinas puede explicarse también en sentido alegórico, porque, según las costumbres antiguas, las mujeres que contraían esponsales, eran sacadas de la casa paterna con una fingida violencia; y este hecho, tan sencillo en sí, conservado y magnificado por la tradición, pudo dar origen al episodio que tan acertadamente han sabido explotar la poesía y el arte en todas las edades.

En el mismo sentido puede y debe explicarse la tradición del dios Jano, el de las dos caras. Su templo separaba las colinas habitadas por sabinos y romanos. En tiempo de guerra, las dos puer-

(1) Aquí puede verse claramente la alegoría de Rómulo matando a Remo, porque le disputaba el dominio de la ciudad por ellos fundada.

(2) CESAR CANTU: "*Historia Universal*", tomo II, cap. XII. Puede consultarse también Moinsen "*Historia Romana*", tomo I, cap. IV, donde hace derivar el nombre de *Romanos* de los *Ramnes*, antiguos moradores de las orillas del Tíber, aunque, tal vez, mejor pudiera venir de los *Romilios* que eran la tribu más poderosa de cuantas estaban establecidas en las inmediaciones de la desembocadura del Tíber.

tas del templo se abrían para que los dos pueblos hermanos pudieran prestarse rápido y eficaz auxilio; en tiempo de paz, las puertas del templo se cerraban para que ninguno de los dos pueblos se enterara de lo que pudiera hacer el otro. Las dos puertas del templo, que daban acceso a uno y otro pueblo, simbolizaban las dos caras del dios.

El pueblo romano ha sabido iluminar la oscuridad y aun, tal vez, la vulgaridad de su origen, con una leyenda bellísima, en la que ha querido dejar estereotipadas aquellas cualidades de energía, de valor, de perseverancia, que le hicieron ser dueño del mundo entero; pero, con toda su belleza, para el historiador, para el crítico y aun para el simple estudioso, no pasa de ser una leyenda, aunque tan hermosa, que ha dejado rastros indelebles de su influencia en la historia, en la literatura de todos los países, y hasta en la misma lingüística, con la supervivencia de la famosa loba capitolina.

MAXIMINO DE BARRIO.

La Plata, Agosto de 1921.
